



**ENTREGA No. 85**  
**ATRA-HASIS PARTE II**

Continuación Entrega No. 84: ... [Desde ese momento los pueblos, los campos, los bosques, los palacios, las cabañas más escondidas en lo profundo de los bosques, las casas de los artesanos y los labradores, de los comerciantes, de los propios sacerdotes y de los guerreros, se llenaron de dolores, vértigos, escalofríos, fiebre, así como de indisposición, náusea, plaga y peste; y comenzó a pasearse por todos los hogares, los burdeles, las riberas de los ríos, las encenagadas (aguas pútridas de los pantanos), las ricas piscinas de los relucientes palacios de los poderosos, la "Muerte", el espectro negro, viscoso y fumígeno, vaporoso, que envolvía todo hasta encarroñarlo con su capa de miseria, desatando una imparable e insidiosa contaminación que abatía hasta al humano más sano que se hallara en toda Sumeria.

Pero, pese a su poder y su sed de venganza, el plan de Enlil no surtió efecto. Algún mendaz había en la logia de los dioses que se le oponía con astucia y sabiamente para neutralizar su sentencia en lo que pudiera, de manera que no resultara absoluta, para que hubiera una parte al menos que se evadiese de la terrible maldición.

Existía entre los hombres uno de ellos, aquel que era sumamente sabio, que todo el mundo conocía por el nombre de "Atrahasis". El sabio señor era un ser privilegiado y estaba especialmente unido al dios "Ea-Enki", el segundogénito de "Anu", aquel que detentaba tanto poder como su hermano y que, sólo por el mero hecho de haber nacido después que Enlil (primogénito), había perdido el derecho de descendencia al cetro de los cielos y algunos otros privilegios. Por este hecho "fue el dios que siempre se opuso y odió profundamente a su hermano", y siempre que pudo usó sus artes, su astucia, su poder y su ingenio para tratar de eclipsar, si no anularlo, en sus iniciativas, y a lo que se verá, con éxito.

El humano, sumamente sabio, protegido de Enki, en alguna conversación con los nobles, amigos, magos o sacerdotes. solía decir de sí mismo: Yo soy Atrahasis: vivía en el templo de Ea, mi señor. Este hombre privilegiado, poseedor de unos conocimientos por encima de lo normal, al ver a su alrededor tanto dolor, miseria, penalidad y angustias con que su pueblo hermano sufría y se desvanecía, pensó retirarse a la soledad de su templo, junto a la morada de su señor Enki, y orarle larga e insistentemente, sin descanso, sin darse tregua, hasta que tuviese una respuesta satisfactoria del mismo con respecto a aquella plaga y peste que recorría todo el territorio sumerio.

Penetró en su santuario lleno de paz y serenidad, se sentó en su sitial precioso, obnubiló su mente, se alejó con sus pensamientos de la sucia tierra de los hombres y con su espíritu, alerta a su señor Enki. El dios invocado vino en su ayuda. Atrahasis. ante su presencia, le suplicó que deshiciera el plan de su hermano Enlil.

"¡Ea, oh señor, la humanidad gime! La cólera de los dioses consume la Tierra. Sin embargo, eres tú quien nos ha creado. ¡Haz que cesen los dolores, los desmayos, los escalofríos, la fiebre!" (Nota mía: eso mismo hacía Moisés por los hebreos ante Yahveh). Enki obró el milagro. Las



PARROQUIA  
NUESTRA SEÑORA DEL TRÁNSITO



enfermedades dejaron de ser efectivas, no mataban; la peste y el cólera no se extendían en los humanos; la fiebre y los escalofríos desaparecían casi de inmediato; los dolores se volvieron soportables; los desmayos se remediaban con alguna tisana y algo de pan ...

Enlil irritado por la desobediencia, en el paroxismo de su cólera, bramó y tronó enviando lo peor de su poder. Pero todo era inútil. Las gentes seguían viviendo con toda impunidad, procreando en medio de una desatada inmoralidad, procreando sin tino y multiplicándose sin recato. Pronto el jefe de los dioses, al enfrentarse contra su propia impotencia, convirtió su furor y su ira en gemido doliente.

Convocó a los dioses en su Asamblea y se quejó ante ellos amargamente: ¡El pueblo no ha disminuido; son más numerosos que antes! Los dioses le invitaron ladinamente a que usase de sus más profundos y esenciales poderes y conjuros para dominar al rebelde, le tentaron para que acudiese a su Tabla del Destino, que le otorgara personalmente su padre Anu, para que el faccioso disidente no se saliese con la suya.

Enlil poseído de sí mismo y del poder que le concedía su linaje y primogenitura, clamó con voz rotunda al Cielo para solicitar el todopoderoso auxilio del padre de todos los dioses (Anu), quien le comunicó, en espíritu, que ... ¡Destruye a la humanidad por inanición! El Señor del Espacio Aéreo, el jefe de los dioses terrestres, bramó su orden, ante la sumisión de las demás divinidades: ¡Córtense los abastecimientos del pueblo; carezcan de frutos y vegetales sus estómagos!

Enlil mandó a Enki que se presentara y con toda solemnidad, en la que dejó bien claro quién era el que mandaba allí, le impuso: Tu, Enki, mi caro hermano, ¡debes cerrar las fuentes del alimento del mar, que todo él desaparezca y que no llegue a los hombres! Ordena a tus deudos echar el cerrojo, atrancar el mar y guardar "su alimento fuera del alcance del pueblo". Su hermano bajó la cabeza y con un gesto de aceptación salió de la gran sala, aunque no pronunció palabra alguna que le comprometiera en el cumplimiento del precepto que le impuso su fraterno jefe].

Escolio mío: ¿No sienten que están leyendo el antiguo testamento?

Queridos lectores, hasta la siguiente entrega en la cual manejaremos la TERCERA parte de este poema de Atrahasis. Que Dios los proteja a todos y a sus familias. Hernándo Flórez Torres. Colaboradores Modelia Occidental.